



El Aguila del Mar

Ricardo Cortez

Florence Vidor



25
TS

Swan Rivera

LA NOVELA PARAMOUNT

Publicación semanal de Argumentos de películas
de la marca

Núm.	PARAMOUNT	25
11		Cts.
EDICIONES BISTAGNE		
LAYETANA, 12		BARCELONA

EL ÁGUILA DEL MAR

Interesante película interpretada por los célebres artistas
Florence Vidor y Ricardo Cortez, entre otros

Es una Producción PARAMOUNT

EXCLUSIVA DE
Paramount Films, S. A.



J. HORTA, impresor-Barcelona

El Aguila del Mar

Argumento de la película

En 1818 hacia quince años que Nueva Orleans era, políticamente hablando, una ciudad de los Estados Unidos, y, sin embargo, seguía siendo una población típicamente europea, fieramente leal a Francia y a su confinado emperador, prisionero de los ingleses en la isla de Santa Elena.

En esta turbulenta época, las aguas del golfo de Méjico eran campo de acción de las piraterías de Juan Laffitte, conocido por "El Aguila del Mar", título que por su valor y temerario arrojo, sus compañeros dieron al célebre pirata.

Un día la ciudad de Nueva Orleans se engalanó para recibir dignamente a un gran americano, al general Andrés Jackson, heroico defensor de la ciudad contra los ingleses en 1815.

El pirata Lafitte, hombre joven, fiero navegante, se hallaba en Nueva Orleans, bajo el supuesto nombre de capitán Sazarac.

Sentado ante la mesa de un café vió pasar al general Jackson a quien aclamaba la multitud.

Luego, entre el gentío, descubrió a cierto sujeto que llevaba una botella en la mano. Lafitte creyó reconocerle y preguntó por él a un camarero.

—Es Juanin Jarvis, un vagabundo muy divertido. En un tiempo fué un gran admirador del pirata Lafitte, a quien siguió en sus correrías por el Atlántico.

El falso capitán Sazarac sonrió bajo su bigote. ¡Le conocía!

—Hace tres años — prosiguió el camarero — cuando el general Jackson perdonó a Lafitte, Jarvis se puso a celebrarlo y todavía hoy sigue celebrándolo. Como usted debe saber, Lafitte faltó a su palabra y volvió a sus piraterías... y ahora tiene su cabeza a precio.

Pasó por el arroyo un coche que conducía en su interior a la más linda mujer que imaginarse pueda. Era Luisa, la bellísima sobrina del coronel Lesstron.

Jarvis, el vagabundo, se acercó a ella y recogiendo unas flores que había encontrado en el suelo, se las entregó y dijo:

—Las acabo de cortar para vos, señorita... Todavía conservan en sus pétalos el rocío de la mañana.

Luisa sonrió y aceptó el ramo, pero en aquel instante se alborotaron los caballos, y el carroje emprendió súbito galope que no pudo contener el cochero a pesar de sus esfuerzos.

Lafitte, que conocía a Luisa y estaba enamorado de ella, corrió desesperadamente detrás del coche y con un tirón audaz de sus brazos de hierro detuvo el desenfreno de los animales.

Luisa, horrorizada, le dió las gracias preguntándole si se había hecho daño.

—Estoy ilesa, señorita — respondió el pirata—. La única herida está en el corazón.

Ella recordó entonces el semblante del joven a quien había visto ya otra vez.

—Espero que la señorita no habrá olvidado nuestro reciente encuentro en Mobile... — dijo el pirata—. Soy el capitán Sazarac.

—No lo he olvidado — dijo Luisa—, mas nuestro encuentro fué tan breve, caballero...

—Señorita, una mirada vuestra es suficiente para que no se os pueda olvidar. Recordándola os he seguido a Nueva Orleans.

Luisa le dió a besar su mano y el coche partió, mientras Lafitte quedaba mirándola, herido por un amor que nacía en su corazón.

El coche se dirigió al puerto por la calle de la Levée, la más importante entonces de la ciudad.

Luisa, que no podía borrar de su imaginación el recuerdo del joven capitán, descendió del carro, para embarcar en la goleta "Serafina" que había pertenecido anteriormente a Napoleón.

Según rumores públicos, la goleta "Serafina" acababa de ser comprada por un grupo de jóvenes calaveras franceses de Nueva Orleans para su viaje anual, de placer, a Francia. Pero la realidad era que en la cámara de proa de la "Serafina", un grupo de patriotas franceses y norteamericanos, discutía el verdadero objeto de su próximo viaje.

Luisa saludó a los reunidos, y su tío, el coronel Lestron, usó de la palabra:

—Caballeros, mi sobrina, la señorita Luisa Lestron, ha ofrecido su fortuna para el buen éxito de

nuestro proyecto de rescatar a Napoleón de Santa Elena.

Se descorcharon unas botellas. Las copas se alzaron unánimes en honor de aquella mujer.

—¡No brindéis por mí, caballeros! — dijo Luisa—. ¡Hacedlo por el emperador!



—Estoy ilesa, señorita. La única herida está en el corazón.

Brindaron. Y uno de los conspiradores agregó:

—Nuestros preparativos están casi terminados. Podremos salir el jueves para Santa Elena.

Entre los reunidos se hallaban dos amigos inseparables. Dominico, un pirata arrepentido, que trocó su vida de corsario por la política, y engordó con el cambio; y Beluchom, almirante, en otros días, de

la República de Cartagena, la cual le dió su uniforme pero no barcos que mandar.

—Caballeros, todavía no tenemos jefe — dijo Dominico—. Necesitamos un hombre capaz de salvar a Napoleón de Santa Elena y que no les tenga miedo a los cañones ingleses.

—Tenemos al capitán Bossiere que mandará la "Serafina" — dijo Lestron.

Bossiere es un buen marino, mas no un guerrero... A nosotros nos hace falta un hombre como Juan Lafitte.

El nombre del pirata estremeció a todos.

—Sí, señores — agregó Dominico—. Lafitte sería capaz de llevarlo a cabo, y no hay que olvidar que en los lagos de Barataria hay viejos piratas dispuestos a seguir a su jefe a Santa Elena o al infierno.

La sensibilidad delicada de Luisa se rebeló.

—Caballeros, esto es perder el tiempo con palabras. En esta noble expedición no tiene cabida un asesino como Lafitte.

Acabaron la reunión sin ponerse todavía de acuerdo. Y, sin embargo, el tiempo urgía y era preciso marchar rápidamente.

Por la noche, las grandes fiestas en honor de la visita del general Jackson, terminaron con un soberbio baile de máscaras...

El general Jackson en un palco tuvo que saludar a la concurrencia que le aplaudía sin cesar.

Entre los invitados se hallaban, disfrazados y con antifaz, el pirata Lafitte y la bella Luisa Lestron.

Lafitte escuchó la voz de Luisa que hablaba con unos amigos y no tuvo la menor duda de que se trataba de su enamorada.

Acercóse a ella y comenzó a requebrarla dulcemente. Luisa le miró sorprendida.

—Caballero, ¿olvidáis que no hemos sido presentados?

—Permitid, señorita — dijo él, inclinándose — que el capitán Sazarac, el que os ha visto esta mañana en el coche, tenga el honor de ponerse a vuestros pies...

Le reconoció Luisa y respondió con voz amable:

—La gratitud de Luisa Lestron le obliga a perdonar vuestra audacia...

Los dos bailaron un minué y luego se dirigieron al jardín.

Estaban solos. De los salones llegaba el lejano eco de la multitud. Lafitte la dijo, mirándola bajo su careta negra:

—Supongo que la señorita no tendrá miedo...

Y quitándose el antifaz, le rogó a Luisa lo hiciera también.

—No, no — respondió ella.

—¿Que no? ¿Y ahora?

Y su mano atrevida arrancó la blanca careta de la joven.

Luisa le miró con ojos severos, pero luego sonrió.

—Siempre audaz... — le dijo.

—Os equivocais, señorita... Siempre enamorado. ¡Ah, si pudiera hallar palabras para deciros lo que está en mi corazón!

Arrancó una rosa del jardín y se la ofreció:

—Señorita, es hermosa como vos...

Ella aspiró el delicado perfume, y Lafitte quiso estrechar a la joven entre sus brazos.

—¡No, eso no! — respondió Luisa—. Volvamos a los salones.

Y poniéndose los antifaces, regresaron al salón donde la música atacaba unas notas alegres.

Entretanto, en el baile, el coronel Lestron conversaba con otro conspirador, don Rodrigo de Robledo, que acababa de llegar de Europa en la fragata "Isabel".

—Lafitte parece ser el hombre que nos hace falta para nuestra empresa — decía Robledo —, pero, ¿en caso de que vuestra sobrina ponga reparos a su elección?

—No os preocupéis por eso. Ella acabará por ceder a nuestro propósito...

Beluchom y Domínico se reunieron con ellos, y todos juntos siguieron madurando su proyecto conspirador para libertar al emperador.

De pronto penetró en el gran salón Jarvis, el eterno borracho, acompañado de un grupo de amigos.

—¡Paso a Lafitte, el pirata! — dijo, blandiendo una espada.

La gente, que conocía la semilocura de aquel vagabundo, rió de buena gana. ¡Donosa mañana!

Jarvis y los suyos avanzaron diciendo requiebros a las muchachas.

—¡Borrachín! — comentó Domínico —. Tratando de imitar siempre a Juan Lafitte como en los tiempos viejos en Barataria.

El falso capitán Sazarac, que estaba con Luisa, comentó la entrada de Jarvis.

—¡Lafitte! — murmuró Luisa —. ¡Este nombre me repugna!

Sonrió el pirata bajo su antifaz. Jarvis pasó ante ellos e intentó abrazar a Luisa.

Lafitte, exaltado, apartó de un violento empujón al vagabundo.

—¿Quién se atreve a desafiar a Lafitte el pirata? — gritó Jarvis, quitándole de un tirón la careta.

Pero al ver la cara del falso capitán Sazarac, retrocedió, horrorizado:

—¡Señor! — gimió.

Y marchó lentamente, acobardado por haberse atrevido a poner sus manos en "El Aguila del Mar".

Lafitte, despectivo, se apresuró a colocarse la careta, pero no pudo evitar que el general Jackson, desde su palco, le descubriera.

Unos momentos después, un ayudante del general decía a Lafitte:

—El general Jackson desea hablaros dos palabras... en secreto.

El pirata se despidió de Luisa, dirigiéndose tranquilamente a uno de los corredores donde le esperaba el general.

—Lafitte — le dijo severamente el general —; hace tres años me ayudasteis a salvar a Nueva Orleans del enemigo, y en premio de ello conseguí vuestro perdón. Más tarde, habéis vuelto a faltar a la ley realizando algunas piraterías...

Lafitte no respondió. ¿Por qué le acusaba? ¡Llevaba algunos meses retirado de toda aventura, sin realizar ningún acto criminal!

—Os doy de tiempo hasta el amanecer para salir de la ciudad — continuó diciendo Jackson —. Si os atrevéis a regresar, os aguarda la prisión... y la muerte.

Lafitte prometió abandonar Nueva Orleans y estrechó la mano que el general Jackson le brindara.

Después volvió al salón. Vió a Luisa que bailaba con otro joven... Ella le sonrió insinuante...

Jarvis había ido al grupo que formaban los conspi-

—Me parece que podemos hablar con entera libertad a Lafitte — dijo Lestron. — Supongo que no le tendrá gran cariño a un país que ha puesto precio a su cabeza.

El pirata se echó a reír y escuchó el proyecto de Lestron.

Se trataba de libertar a Napoleón a bordo de la "Serafina", para provocar, de este modo, una guerra entre los Estados Unidos e Inglaterra a fin de dar ocasión a que otros países europeos se apoderaran de varias colonias que estaban en litigio entre aquellas naciones.

—Si lográis llevar a cabo esta expedición con buen éxito, se os recompensará espléndidamente — dijo Lestron.

Lafitte se alzó, indignado:

—¿De modo que vuestro plan es el de provocar una guerra entre dos países amigos sin ventaja alguna para el nuestro y en provecho de otras naciones? ¡No contéis para nada conmigo, traidores!

—Pues ya que sabéis nuestro plan, debéis ayudarnos por la fuerza...

Y Lestron, levantándose enfurecido, le amenazó con un revólver, pero Lafitte desenvainó rápidamente su bastón estoque, pronto a defenderse contra el coronel y Robledo.

Luisa había escuchado detrás de la puerta los planes de su tío el coronel, participando también de la misma indignación que el joven al comprender que se trataba de provocar un conflicto guerrero. Oyendo el rumor de la lucha, penetró con decisión en el despacho.

—Lo sé todo, tío, y me resisto a creer que el proyecto de libertar a Napoleón no sea más que el

pretexto para preparar una guerra... El capitán Sazarac hace bien en negarse.

Una sonrisa desdifienda se dibujó en los labios del coronel.

—¿El capitán Sazarac? ¡Vamos, el pirata Lafitte querrás decir!

Luisa miró, horrorizada, al supuesto Sazarac.

—Sí, señorita — dijo el pirata, serenamente —; soy Lafitte, pero juro que en lo futuro jamás mi espada estará al servicio de la deslealtad.

Y salió del despacho con una sonrisa de hombre fuerte.

Pálida, horrorizada, dijo Luisa:

—No pensaba eso de vos, tío. Creía que vuestros proyectos eran más dignos. Mañana les contaré a mis amigos lo que he sabido para que os lo impidan...

Y marchó de allí, dejando abatidos al coronel Lestron y a Robledo.

—Nada tenemos que temer de Lafitte — dijo Robledo —, mas es preciso que impidáis que vuestra sobrina cumpla su amenaza.

Luisa había salido al balcón; vió a Lafitte que marchaba rápidamente. ¡Cómo le había engañado aquel hombre haciéndose pasar por honrado militar cuando en realidad era el famoso pirata cuyas correrías tenían un sabor de leyenda.

Y amargada por aquella mentira, contempló la rosa que tenía en las manos y la arrojó por el balcón.

En la noche, una mano se apoderó de la flor: era la de Jarvis que guardó en su pecho como una reliquia, aquel recuerdo de la mujer que adoraba.

**

Al día siguiente, en los lagos de Barataria, estaban reunidos los antiguos piratas de Lafitte. Hombres bravos, duros, prontos a la muerte y a la venganza.

Para aquellos hombres, el nombre de Juan Lafitte, "El Aguila del Mar", aún tenía mucho de mágico. Y rugían de contento al verse convocados de nuevo para comenzar alguna otra famosa piratería.

Lafitte comentaba con sus buenos amigos Domínico y Beluchom la entrevista tenida con Lestron. ¡Cómo les había engañado el coronel! Ellos querían luchar de buena fe para libertar a Napoleón, mientras Lestron tenía el proyecto de provocar una guerra, sirviendo de instrumento a países ambiciosos. Acordaron los tres amigos negarse rotundamente a seguirle.

Iban llegando piratas, entre ellos uno llamado tío Brea, hombre de indomable fiereza, terror, en otro tiempo, del mar.

—Estábamos a bordo del "Felipe" — explicó Brea — y a punto de hacernos a la mar, cuando llegó el mensaje para que nos reunísemos aquí... Y ahora... un buen barco, viento en popa y buena presa. ¡No es verdad, mi capitán Lafitte?

—Tío Brea — respondió éste severamente, lamentando haber reunido inútilmente a todos aquellos hombres —, para mí se acabaron las piraterías.

Iba a contestar Brea, enfurecido, cuando llegó Jarvis, tambaleándose como siempre, pero con una mirada dolorosa.

—¿Dónde está ella? — dijo a Lafitte —. ¡La don-

cella de mi amor! ¡La mujer que secuestrasteis... la señorita Lestron!

—¿Qué estás diciendo? ¡Luisa secuestrada? — gritó el capitán.

—Anoche la secuestraron... y el coronel Lestron dió parte a la justicia militar de que Lafitte era el culpable.



—Y ahora... un buen barco, viento en popa y buena presa...

Una viva indignación se apoderó de Lafitte. ¿Dónde podían haber llevado a aquella linda mujer?

—Me parece que estoy enterado de algo de esto — dijo el tío Brea —. Anoche cuando desertábamos del "Felipe", vimos a dos hombres que conducían una mujer a bordo, una muchacha preciosa... Reconocí en uno de ellos al coronel Lestron. Pero el

"Felipe" salió esta mañana al amanecer... Su primer puerto de escala es La Guaira.

Lafitte no tuvo ya la menor duda de que Luisa estaba en el "Felipe".

—¡Un barco! ¿Dónde podré encontrar un barco para ir a salvarla? — gritó.

—Conozco uno que puede adelantarse al "Felipe" — dijo Dominico —, sople el viento que sople. La "Serafina", la goleta de Napoleón.

—Esta noche va a celebrarse un banquete en la cubierta de la "Serafina" — agregó Beluchom.

—A pesar de todo, la "Serafina" se hará a la vela mañana al amanecer. El banquete no es más que para echar polvo a los ojos de las autoridades.

Lafitte sintió renacer sus impulsos de combate para rescatar a la doncella. Lucharía ahora no como un pirata, sino como un caballero de amor...

Y juntos concertaron el plan para aquella misma noche.

Efectivamente, el coronel Lestron y Robledo habían conducido a Luisa a bordo del "Felipe" embarcándola con rumbo desconocido para ella. La secuestraban para que no pudiera decir a nadie el verdadero objeto de la conspiración. Así estaría alejado aquel peligro... Y el coronel, para rematar la hazaña había presentado una denuncia acusando a Lafitte de ser el raptor de su sobrina.

Aquella noche a bordo de la "Serafina" se celebraba un gran banquete al que asistían numerosos amigos de la causa de Napoleón.

Entre otros, estaban Lestron, Robledo, Dominico y Beluchom, estos dos últimos enterados perfectamente del plan de Lafitte.

Transcurría la fiesta agradablemente, cuando saltó al barco un numeroso grupo de hombres man-

dados por Jarvis que blandía su espada y tenía en la otra mano una bandera negra con una calavera pintada.

—¡Paso a Lafitte de Barataria! — dijo, avanzando por cubierta.

Lestron sonrió y dijo al capitán de la nave:

—¡Ese estúpido Jarvis no acabará nunca de hacer comedia!

—¡Todo el mundo fuera, que Lafitte mandará el barco! — decía Jarvis, sonriente.

Los conspiradores reían... Pero su risa se trocó en estupor cuando vieron que otras barchas atracaban junto a la goleta y saltaban a la "Serafina" muchos hombres, legiones armadas, mandadas por el verdadero Juan Lafitte.

Lestron y Robledo contemplaron horrorizados al pirata. ¿Qué venía a hacer allí?

—Caballeros — dijo Lafitte —. Necesito este barco. Hacedme la merced de ir a tierra.

Ellos se negaron, pero Lafitte dió una orden y los piratas cayeron sobre los conspiradores como fieras hambrientas. En pocos momentos desalojaron la goleta. Lestron y Robledo bajaron al muelle, poseídos de exaltado furor.

Dominico y Beluchom, acababan de ponerse bajo las órdenes de Lafitte, su íntimo amigo. ¡Al diablo con los otros!

La "Serafina" quedó libre de conspiradores en pocos instantes y Lafitte ordenó se emprendiese rumbo hacia el mar.

Cortáronse las amarras y poco después, la esbelta goleta enfilaba su proa hacia el Atlántico. Lafitte era ya el dueño de ella y se disponía a seguir el rumbo del "Felipe" para darle caza y salvar a Luisa del cautiverio.

En el muelle, Lestron y sus amigos discutían, aca-
lorados, la audacia del pirata.

—Nuestra única esperanza está en recapturar la
"Serafina" — dijo Lestron.

—Vamos a darle caza con la "Isabel" — respon-
dió Robledo—, la fragata que me trajo aquí...



*—Necesito este barco. Hacedme la merced de ir
a tierra.*

Y se dirigieron a la "Isabel" dando órdenes para
que al amanecer se hiciera a la mar.

Al cabo de dos días, con Luisa prisionera a bordo, el "Felipe" se encontraba en alta mar con rumbo a La Guaira.

La muchacha, obligada a embarcar por su tío, ignora el fin de su viaje. Había protestado con energía ante el patrón del buque.

—Nuevamente exijo que me digáis adonde me
conducís — dijo.

—No puedo — respondió.

El patrón marchó a cubierta llamado por unos
marineros... Cerca del "Felipe" navegaba un barco
de airoosas velas.

—Parece la "Serafina", la goleta de Napoleón —
dijeron.

Y les extrañó la presencia de la nave que se ha-
llaba a poca distancia de ellos.

A bordo de la "Serafina", los piratas contempla-
ban el "Felipe" al que creían iban a abordar.

—Es el "Felipe" — decía el tío Brea, con los
ojos inyectados por la ambición—. En sus bodegas
hay abundancia de riquezas...

Desde el puente, Lafitte, que estaba acompañado
por Dominico y Beluchom, llamó a los piratas y
les dijo:

—Tío Brea, echadle una bala a través de la arbo-
ladura, pero sin tocarla... No quiero que se derrame
una sola gota de sangre a menos que ofrezcan re-
sistencia.

—¿No vais a permitir que le abordemos para sa-
quearlas? — contestó Brea, sorprendido.

—Atended mis órdenes sin replicar.

El pirata se dirigió, contrariado, hacia uno de
los cañones y ordenó a Jarvis que apuntase cerca del
"Felipe". Jarvis aplicó la mecha a uno de los ca-
ñones y disparó.

La bala levantó una columna de agua junto al
"Felipe". La más intensa emoción se apoderó de
los tripulantes de este barco.

Jarvis, junto a Brea, reía ante la posibilidad del
combate. El tío Brea le dijo, malévolamente:

—Bravo, muchacho, te apuesto una pistola que no das en el blanco.

—Vas a verlo.

Y enfilando el cañón, disparó de nuevo, dirigiendo el tiro contra uno de los mástiles del "Felipe".

Lafitte, viendo contradecidas sus órdenes, se indignó:

—¡Muerte para el canalla que ha hecho el disparo! — rugió.

Y se dirigió junto al cañón, preguntando al tío Brea, quién había desacatado su mandato. Brea se encogió de hombros.

—Lafitte, tú no lo habrías hecho mejor que yo — dijo Jarvis con una sonrisa amable.

—¿No comprendes, borracho maldito — gritó Lafitte, zarandeándole brutalmente—, que ese disparo puede ser considerado como un acto de piratería, lo cual es precisamente lo que yo quiero evitar?

Dejó a Jarvis para escuchar las voces que daba el patrón del "Felipe" preguntando por qué motivo les atacaban.

Lafitte respondió enérgicamente:

—¡No me importa quien sois, ni adonde vais, mas os exigimos la entrega de la doncella que lleváis a bordo!

El patrón del "Felipe" consultó con los tripulantes. Era mejor acceder evitando la posibilidad de un combate desigual.

—Si nos prometéis que no continuareis hostigándonos, os la entregaremos — dijo el patrón.

—¡Sea!

Unos momentos después aparecía sobre cubierta Luisa que temblaba viendo a bordo de la otra nave los rostros hoscos de los piratas.

Embarcó en una lancha y fué trasladada a la

"Serafina". Pero se tranquilizó al contemplar a Dominico a quien había visto alguna vez en casa de su tío, el coronel, y al que estimaba por su bondad.

—La hemos arrancado del poder de su tío, Luisa. Y, ahora, venga usted...

Y mientras el "Felipe" comenzaba a reanudar su



—¡Muerte para el canalla que ha hecho el disparo!

marcha sin su bella presa, Luisa se dirigía a una de las cámaras de la "Serafina".

Allí tuvo la muchacha una gran sorpresa. Se encontró con Juan Lafitte. Al principio contempló ella con hostilidad al pirata, pero luego su sonrisa se aclaró viendo en él a su libertador.

—Me parece que otra vez el destino me obliga a serle deudora al pirata Lafitte — dijo.

El se inclinó mirándola con respeto. ¡Aunque pi-

rata, hombre de mala fama, sabía también luchar por el amor!

Uno de los tripulantes entró en la cámara y advirtió a Lafitte:

—La gente de a bordo murmura, señor... Dicen todos que quieren saber qué rumbo pensáis tomar...

Vaciló Lafitte.



...se dirigió junto al cañón...

—Señor — dijo Luisa, suplicante —, el único puerto adonde podéis ir es... a Nueva Orleans...

Lafitte pensó en las órdenes del general Jackson, en la denuncia de Lestron, en que peligraba su existencia si iba allí, pero respondió cumplidamente:

—Señorita, vuestros deseos son órdenes para mí... Haced rumbo a Nueva Orleans.

El tripulante salió y Lafitte, inclinándose ceremoni-

niosamente ante la linda mujer, abandonó la cámara.

Los piratas, mandados por tío Brea, aparecían foscos y ceñudos.

—Primeramente nos prohibió abordar el "Felipe" para saquearlo — decía Brea —, y ahora nos fuerza a volver a Nueva Orleans por complacer a una mujer...

Todos sabían lo que significaba volver a Nueva Orleans: la prisión perpetua, la muerte.

Pero Lafitte, que había oido las quejas, les dijo con actitud furiosa:

—¡Mis órdenes son órdenes! ¡Vamos a volver a Nueva Orleans!

Y mientras, en la cámara, Dominico hablaba con Luisa.

—Si Lafitte vuelve a Nueva Orleans — decía Dominico —, sólo le esperan la cárcel y la horca!

Ella se estremeció, comprendiendo por primera vez que sentía hacia Lafitte un sentimiento delicioso, de cariño. ¡Oh, Dios! ¡Y ella le empujaba tal vez a la muerte!

Pasaron algunas horas. La noche proyectaba sus sombras sobre el mar... Era la hora de cambio de guardia. Y allá en la bodega los tripulantes, hostigados por tío Brea, rugían porque el barco hacia rumbo a Nueva Orleans.

—Al diablo con Lafitte! — decía Brea —. ¡Nuestro barco es fuerte y rápido y el golfo de Méjico está lleno de buenas presas!

Uno de los marineros, un hombre fiel y adicto a la persona de Lafitte, se dirigió a la bodega y dijo:

—Tío Brea, ha sonado ya el cambio de guardias. ¿Por qué no estáis en el puente?

—No haremos más guardias hasta que Lafitte cambie de rumbo — respondió el rudo pirata.

—¡Quedaos aquí, ratas de mar, que yo voy a cubierta a seguir siendo fiel a Lafitte! — protestó el otro.

Pretendió marchar, pero Brea y los demás piratas le derribaron en tierra. Y, enfurecidos, exaltados, con los instintos atávicos de rapiña, subieron a cubierta.

En la cámara cenaban, entretanto, Luisa, Lafitte, Dominico y Beluchom. De pronto, la muchacha, con una sonrisa bondadosa, dijo:

—Señor, he pensado que si volvemos a Nueva Orleans, la justicia militar será inflexible con...

Le miró y luego siguió diciendo:

—...con vuestra gente.

Pero Lafitte, que quería devolver aquella mujer a su país, para que no pudieran acusarle de secuestrador, respondió:

—Si queréis salvar a mi gente, no tenéis sino atestiguar como ellos os han rescatado.

Luisa comprendió la noble actitud del pirata, y decidida ya a todo, confesando la verdad de sus sentimientos, respondió:

—Y vos, señor? ¡Recordad que se ha puesto precio a vuestra cabeza!

El pareció comprender, creyó verse correspondido por aquellos ojos suaves que le acariciaban, y respondió:

—¿Derramaríais muchas lágrimas si vieseis al pirata Lafitte balancearse al extremo de una cuerda?

—Señor, no puedo permitir que arriesgueis vuestra vida... por mí.

Y en aquel instante se escucharon tiros, rumores de alboroto sobre cubierta.

—¿Qué pasa? — dijo Lafitte.

Y seguido de sus amigos y protegiendo a Luisa, salió a cubierta; pero antes de que pudiera defenderse, ya los piratas habían caído sobre él atándole con fuertes ligaduras, lo mismo que a Dominico y a Beluchom.

Otros piratas amarraron a Luisa.

El más exaltado furor se apoderó de Lafitte al verse traicionado de aquel modo. Algunos tripulantes acudieron en su defensa, pero pronto fueron reducidos por los secuaces de Brea.

—Tío Brea — rugió Lafitte —, ¿qué piensas hacer con nosotros?

—Pienso teneros a buen recaudo a fin de que no hagáis alguna de vuestras trastadas — respondió Brea —. El barco irá hacia donde nos convenga y no seguirá el capricho de una mujer...

—Tío Brea, exijo que se respete a la señorita Lestron — gritó el jefe —. ¿Me entiendes? ¡Respeto en todo y por todo!

Brea se echó a reír abriendo su boca en que brillaba una dentadura de lobo. Vió a Luisa que temblaba entre varios esbirros y pretendió acariciarla.

Luisa se echó atrás, acobardada por aquellas miradas de deseo...

Jarvis, que estaba allí cerca, disparó su pistola al aire y avanzó hacia los ladrones. Se había mantenido neutral en la contienda. Pero él seguía estando enamorado, con un amor tímido, que consideraba imposible, de Luisa, y dijo a tío Brea:

—¡Esta mujer es mía por derecho de conquista! ¿No fué acaso mi disparo el que detuvo al "Felipe"?

Brea le rechazó, hostigado ahora por el deseo que le impulsaba a hacer suya a aquella exquisita joven.

Pero otro de los piratas habló en apoyo de Jarvis.

—Tío Brea, las mujeres en tierra. Deja que se quede Jarvis con ella y tú toma el mando del barco.

—Es verdad, pues ¡ea! es tuya.



...protegiendo a Luisa, salió a cubierta...

Y se la entregó, y Luisa tembló en los brazos del perpetuo borracho.

—¡Jarvis! ¡Canalla! — gritó Lafitte, impotente, creyéndose vendido.

—Muchas gracias por el cumplimiento — respondió Jarvis. Y cogiendo de una mano a Luisa que temblaba horrorizada, se dirigió con ella a la cámara.

Lafitte y los fieles amigos fueron desatados pero

encerrados en la bodega. ¡Ya se vería lo que se hacía con ellos.

—Y ahora a velas, muchachos, que vamos a cambiar de rumbo! — dijo el tío Brea.

Los hombres, contentos por volver a su verdadera existencia de piratas, fueron a realizar la operación.

Jarvis había entrado en la cámara con Luisa y entregaba a ésta la llave de la estancia.

—Señorita, aquí tenéis la llave — dijo, con profundo respeto. La cámara de Napoleón está por entero a vuestra disposición.

Y se inclinó dejando sola a Luisa a la que había intentado defender contra las posibles agresiones de Brea y su gente.

Un disparo de cañón, formidable, hizo trepituar los cristales. Jarvis salió a cubierta a ver lo que ocurría.

Todos los piratas habían corrido ya a sus cañones y ante Jarvis apareció la fragata "Isabel" que rompía fuego contra la "Serafina".

Brea daba órdenes para que contestasen a la agresión. Y pronto generalizóse el fuego entre las dos esbeltas naves...

Iban a bordo de la fragata "Isabel" el coronel Lestron y Robledo, entre otros. Querían apoderarse de la "Serafina" en mala hora para ellos robada por Juan Lafitte.

—Disparad sin compasión contra ella! — dijo el coronel Lestron al comandante de la "Isabel".

El fuego fué horroroso. Los cañones vomitaban metralla, pero la "Isabel" iba acercándose cada vez más a la "Serafina". Muchos muertos por ambas partes sembraban las cubiertas.

Lafitte y sus compañeros, encerrados en la bode-

ga, ignoraban lo que podía ocurrir arriba. ¿Qué significaba aquel combate?

Luisa, horrorizada, en un rincón de la cámara, lloraba y rezaba... ¿No terminarían nunca sus sufrimientos?

Pero la "Isabel" llevaba ventaja. La fragata estaba ya al costado de la "Serafina". Y los marineros de la "Isabel" saltaron a bordo de la goleta de Napoleón comenzando entonces una lucha ruda y terrible en la cubierta de este buque.

Brea, blandiendo su espada, cercenaba cabezas enemigas pero, de pronto, cayó en tierra mal herido por un disparo.

Jarvis presenciaba el combate. Y de pronto, comprendiendo que la derrota de la "Serafina" era inminente, dirigió su pensamiento hacia la bodega de la "Isabel" en donde podía estar su triunfo.

Saltó, deslizándose entre cuerdas, a la fragata enemiga donde apenas quedaba gente, trasladada toda a bordo de la goleta.

Avanzó cautelosamente hacia la bodega y prendió fuego en ella derramando mucha pólvora. Contento de su obra, viendo aparecer las primeras llamas en el interior de la nave, regresó a la "Serafina" y en el momento en que ponía pie a cubierta, una bala vino a desplomarse en tierra.

Espada en mano, el coronel Lestron y Robledo con los marineros de la "Isabel" avanzaban por la cubierta de la "Serafina" reduciendo a prisión a los piratas que se defendían aún...

Lestron, el comandante de la "Isabel", y sus amigos invadieron la cámara de Napoleón descubriendo, con la más viva sorpresa, a Luisa.

—Tú aquí? — rugió el coronel—. ¿Y dónde está Lafitte, este miserable?

Loco de furor, despreciando a la doncella, buscó por todos los rincones de la estancia al pirata odiado que había raptado a Luisa. ¡Ah, el miserable! Ahora pagaría con su vida sus delitos.

Un oficial de la "Isabel" entró en la cámara y dijo al comandante:

—Mi comandante, la "Isabel" está ardiendo. Hemos descubierto un terrible fuego en la bodega.

—Dejad gente suficiente a bordo de la "Serafina" para que la tripule, y mandad a los que sobran a la "Isabel" para combatir el fuego — ordenó el jefe.

La tripulación de la "Serafina" se había entregado. Pero de las entrañas de la "Isabel" salían inmensas llamas. Casi todos los marineros regresaron a este barco con ánimo de apagar el fuego. La fragata se alejó a alguna distancia de la "Serafina" para no propagarle el incendio.

Lestron y Robledo, dejando en la cámara a Luisa, volvieron a cubierta, deseosos de encontrar a Lafitte. ¿Dónde estaría el maldito? Todos los tripulantes estaban ya vencidos y no aparecía el "Aguila del Mar".

El tío Brea, arrastrándose cautelosamente, arrepentido de su sedición, no queriendo que cayesen todos los hombres en poder de Lestron, fué a la bodega y abrió la puerta, dejando el paso franco a Lafitte y a buen número de hombres.

—¡Pronto! — murmuró entre los estertores de la agonía—. ¡Fuego... a bordo... "Isabel"... Puñado de... enemigos... a bordo!

Se estremeció y cayó muerto.

Todo lo comprendió el valeroso Lafitte, y blandiendo su espada, se encaminó a cubierta donde se hallaba únicamente un grupo de enemigos, pues to-

dos estaban en la "Isabel" intentando combatir el intenso fuego.

Lafitte lanzóse contra aquel puñado de enemigos. Su espada triunfaba entre los resplandores de la noche. Iban cayendo cabezas segadas por su acero implacable.

Lestron dió un grito al reconocer a su enemigo.

—¡Lafitte!

—¡Vos, miserable! — rugió el pirata.

Cruzaron las espadas con una energía y un odio indomables. Robledo acudió en auxilio de Lestron, pero otro pirata apuñaló entonces al coronel, dejándole muerto en el acto.

Ya con las fuerzas igualadas lucharon ahora Lafitte y Robledo y éste cayó para no levantarse más, atravesado el pecho por una estocada mortal.

La victoria resplandecía de nuevo para los amigos de Lafitte. Cuantos marineros enemigos se hallaban a bordo de la "Serafina" habían sido hechos prisioneros. Y cerca de allí la "Isabel" ya no era más que un inmenso volcán. El fuego se había propagado a la santabárbara y la fragata iba hundiéndose rápidamente en el mar, con toda su tripulación.

Luisa salió a cubierta. Lloraba. Había visto el arrojo y el valor con que luchaba Juan Lafitte.

Lafitte vió tendido en tierra a Jarvis y acudió a socorrerle. Un hilillo de sangre salía de los labios del borracho.

—Yo — dijo —, he incendiado la bodega... de la "Isabel"... Ya ves... ahora... se hunde... Juan... te apuesto una pistola que no lo habrías hecho mejor que yo...

Lafitte le contempló con admiración.

—Ni tampoco tan bien como tú, amigote — le dijo, abrazándole.

Vieron como la "Isabel" desaparecía definitivamente en el mar, yendo a ocultarse en el misterio del Océano.

Lafitte transportó a su amigo a la cámara de Napoleón. Acudió Luisa trayendo vendajes para curar la herida del desgraciado. Pero éste les rechazó suavemente, comprendiendo que no había remedio para él. De su pecho se quitó una rosa que la sangre había teñido de rojo.

—¡Señorita, es una flor que vuestra mano arrojó... y yo guardé! — dijo.

La besó y se la dió a Luisa.

—Me he burlado de la vida — siguió diciendo Jarvis —, y ahora la muerte se burla de mí. Mas, ¿qué importa si muero en la cama del emperador?

No dijó más. De sus ojos se había apagado el resplandor de la vida.

Lafitte y Luisa contemplaron con dolor a aquel pobre hombre que con su esfuerzo glorioso y admirable había decidido la batalla.

Y ella puso la flor delicada sobre aquel corazón ya eternamente dormido.

**

Noche clara, viento fresco, y la "Serafina" otra vez con rumbo a Nueva Orleans...

Desapareció ya el peligro, los tripulantes volvieron a proclamar jefe indiscutible a Lafitte.

Este se hallaba a cubierta con Luisa.

—No puedo permitir que volváis a Nueva Orleans donde os aguarda la muerte — le suplicaba ella.

—Señorita — respondió el pirata —, si no es a Nueva Orleans, decidme, ¿adónde puedo llevaros?

Ella le acarició una mano y confesando su dulce amor le dijo:

—Juan, el mar es ancho y en él hay muchos puentes seguros...

Comprendió el antiguo pirata y besó y estrechó entre sus brazos a la encantadora mujer.

—Luisa, el pirata Lafitte no existe ya... Iremos a formar nuestra vida hacia otra parte del mundo, pero de modo honrado, digno... ¡Tú me has hecho bueno, Luisa!

Beluchom y Dominico se hallaban ante el timón y el último, al ver que los dos jóvenes se unían en un largo beso, dijo, con una sonrisa picaresca:

—¡Cambia de rumbo, amiguito! Hacia el Norte nos espera la horca, hacia el Sur una boda...

Y Beluchom se apresuró a desviar el timón hacia el mar libre.

FIN

Próximo número:

PERDIDA EN PARÍS

por Bebé Daniels, James Hall, etc.

LA NOVELA PARAMOUNT sale todos los martes

Precio: 25 cts. ¡Desconfie de las burdas imitaciones!

LEA USTED

EL SÉPTIMO CIELO

por Janet Gaynor, Charles Farrell, etc.

EDICIONES ESPECIALES

de LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

